

UNA TRANSMISION DEL LAZARILLO A LA COMEDIA HOLANDESA

Gerbrand Adriansz Bredero (1585-1618) está calificado como uno de los mejores dramaturgos holandeses¹. A los veintiséis años da a conocer su primera comedia dramática, una tragicomedia; un año antes de morir, *De Spaanscher Brabander* («El brabantón español»), comedia. En medio está toda su obra dramática y un cancionero. Para tres de sus comedias se inspira en el *Palmerín de Oliva*, mediante una traducción. Para el *Spaanscher Brabander*, en el *Lazarillo de Tormes*, utilizando también una traducción. Bredero no sabía español.

Vamos a ver cómo llegó al *Lazarillo de Tormes* y qué es lo que sacó de él. Entre 1554 y el conocimiento del *Lazarillo* por Bredero ha transcurrido medio siglo largo. En ese lapso la novelita había sufrido, entre otras, dos vicisitudes que nos interesan especialmente: censura en las ediciones posteriores al año de 1559, fecha de su inclusión en el *Indice* de Valdés, y estas dos traducciones: la francesa de Jean Saugrain, París 1561, y la primera holandesa, de traductor anónimo, editada por Nicolás Pieterssen en 1579, tomada de la de Saugrain. De la misma se hicieron, en Amberes y Delft, sendas reediciones (o una sola en los dos sitios, la cosa no está muy clara) en 1609, lo cual prueba el interés que despertaron las andanzas de Lázaro de Tormes en hablantes de lengua neerlandesa. Esta versión es la que, probablemente, utilizó Bredero. En ella hay un pasaje singular que coincide con otro de la comedia. Es el siguiente: sabido es que en el *Lazarillo castigado* se suprimió el pequeño trozo del tratado primero referente a la alusión al clérigo y al fraile que hurtaban para sus devotas: «No nos maravillemos de un clérigo ni fraile...» (página 85. Citamos por *Clásicos Castellanos*, 1914). En la versión holan-

¹ V. GERARD KNUVELDER *Handboek tot de geschiedenis der Nederlandse Letterkunde*, 's-Hertogenbosch, 1958. El Prof. J. A. VAN PRAAG lo califica de «le plus grand dramaturge de cette époque» en *La comedia espagnole aux Pays-Bas au XVII^e et au XVIII^e siècle*. Amsterdam, 1922.

desa consta el pasaje suprimido, pero está modificado: en vez de clérigo y fraile se pone «aquellos que». No resultó mal enmendada la plana al cosmógrafo López de Velasco en la censura del microscópico libro que le encargó Felipe II¹. Este pasaje está imitado en los versos 143, 144 y 145 de la comedia (pág. 168, *Bredero toneelspelen*. Uit. Elsevier, 1942) y con semejante intención de disculpar faltas referentes a concubinizgo.

Hay aquí una gran coincidencia no sólo de contenido, sino de expresión, coincidencia que se repite en varias ocasiones. Mediante una comparación destacaremos los elementos comunes más notables a fin de ver qué ha podido impulsar el acercamiento de Bredero al *Lazarillo*. Habrá que tener presente, sin duda, el cambio de género: de la novela al teatro.

Bredero se limita al tratado tercero, el del escudero. Algunos pasajes pertenecientes al resto de la novela están presentados en forma retrospectiva.

El protagonista de la comedia, Jerónimo Rodrigo, es un tipo sacado del escudero. Robbeknol, criado de aquél, es un fiel doble de Lázaro, criado del escudero. Dos ramerías de la comedia son las mismas dos rebozadas de las orillas del Tajo. Unas vecinas de la casa de Jerónimo representan idéntico papel que el de las hilanderas que socorren a Lázaro. Hay en la comedia, como en la novela, acreedores, escribano y alguaciles. En aquélla aparecen otros personajes, tipos representativos del pueblo de Amsterdam.

En cuanto a situaciones, casi toda la comedia refleja las más plásticas de la novela. Mencionamos algunas: la de Jerónimo con las dos tapadas, viva e ingeniosa de expresión; las comidas del *Lazarillo* pasan a la comedia y se hacen fuera, en la calle. La última, que no se describe en la novela, se ve ostentadamente en escena. El entierro, que asusta a Lázaro, asusta a Robbeknol; la entrevista de los acreedores, la visita del escribano, etc., son muy visibles y muy cómicas en el *Spaansche Brabander*; por último, Lázaro y Robbeknol dan sendos fines al episodio del escudero y de la comedia.

Por lo que se refiere a la expresión, hay algunos pasajes de extremada coincidencia. Robbeknol, antes de encontrarse con Jerónimo, dice en un monólogo corto (traducimos): «Mientras estuve herido y con la cabeza vendada, siempre obtenía, mendigando por amor de Dios, algo de la buena

¹ Encontramos suprimido este pasaje en una edición francesa ya de 1891 E. Dentu, París, y que debe de ser reedición de otra bastante más antigua. No se suprimen, en cambio, los tratados correspondientes al fraile mercedario y al buldero, excluidos, ya se sabe, del *Lazarillo castigado*. Está, no obstante, modificado el pasaje del arcipreste: ha sido sustituido este nombre por el de «corregidor».

gente; pero ahora, que me ven sano y notan mi curación, dicen: Dios te valga, mendigo holgazán, vete a trabajar; eres joven y estás sano. El que te diere algo, haría mal, ya que su simple misericordia haría que a los auténticos pobres les faltase la limosna» (*Sp. Brab.* v. 47-52. *Comp. Lazarillo*, pág. 165). Lo que en la novela es compacto, en la comedia está difuso. El pensamiento, en esencia, el mismo.

Otro ejemplo: cuando Jerónimo se encuentra por primera vez con Robbeknol le pregunta: «—Oye, muchacho, ¿buscas amo? —En efecto, sí señor. —Pues, vente conmigo, procuraré que nada te falte. No dudo que alguna buena oración has rezado esta mañana, ya que nuestro Señor te ha otorgado un buen amo» (*Sp. Brab.*, v. 60 ... y *Laz.*, pág. 166). Aquí lo verbal se acerca casi por completo a la prosa de la novela. Aún hay más ejemplos.

En los lugares de la acción también hay paralelismo: el escudero es forastero en Toledo; Jerónimo lo es en Amsterdam.

Si buscáramos una semejanza en la idiosincrasia de los personajes, también la hallaríamos menos, en dos. La encontramos en Robbeknol, que muestra idénticas o parecidas reacciones ante su amo y demás personajes de la comedia que Lázaro ante el escudero y demás de la novela. Hasta una corriente de simpatía por su nuevo y exhausto amo y de antipatía por los anteriores se origina en Robbeknol. Exactamente igual que en Lázaro respecto a su escudero, por un lado, y al ciego y al cura de Maqueda, por otro. (*Sp. Brab.*, v. 985... *Laz.*, pág. 196...). Los secundarios es natural que reflejen con bastante exactitud sus modelos si no tienen una especial misión, y aquí no la tienen. La diferencia en la índole de los personajes surge entre el escudero y Jerónimo. Las semejanzas que haya entre estos dos personajes —y las hay, sin duda, las que Bredero quiso que hubiera— son aparentes. Jerónimo Rodrigo es un fanfarrón sin principios, sin conciencia y aparece carente de buenas maneras en diversas ocasiones. No llega a cometer crímenes, sí fraudes. Por fraudes se larga de Amberes, donde se había gastado alegremente, con mujeres sobre todo, dinero prestado. Llegado el momento de temer a sus acreedores, la policía y la cárcel, se traslada a Amsterdam, llevando por bagaje el engaño para seguir viviendo alegremente también y con dinero ajeno. Consigue nuevos préstamos, que emplea, sobre todo, para pagar las viejas deudas de Amberes. Cuando se encuentra con Robbeknol, está sin blanca, bien que aparenta ser rico. La apariencia es su mejor arma; el engaño, su más poderosa carga. Los tiene como principio. No obstante, pasa muchas más hambres que harturas. En su expresión aparece el ingenio a menudo, usa palabras procaces frecuentemente, muestra siempre una extraordinaria presunción en sus gestos, grosería a veces. Es muy sensual.

Así es la índole del personaje creado por Bredero. No es necesario escarbar mucho para encontrar la diferencia entre ésta y la del escudero. Queremos, no obstante, sacar la de éste un poco a ras de tierra. Luego, continuaremos con la actuación de Jerónimo.

El escudero no merece de ningún modo el calificativo de fanfarrón. Al escudero lo vemos a través de la mente llana, limpia de prejuicios de Lázaro, como un ser que lleva en sí una presunción natural que le da pie a Lázaro para formular ciertas consideraciones. (Consideraciones acogidas por la crítica con gran regocijo y que las ha hinchado desmesuradamente a veces). Recuérdese el pasaje: «Y con un paso sosegado y el cuerpo derecho, haziendo con él y con la cabeza muy gentiles meneos, etcétera» (pág. 180). No queremos prolongar aquí ni el texto ni el comentario; no tiene objeto. Lo que tenemos que ver ahora es que esta presunción tiene de engaño la inocua cantidad del mismo que pueda caber en aquélla cuando no es intencionada. Y en Jerónimo lo es. Lo dice él al principio de la comedia:...«aunque se ve a la gente, como está manifiesto, sin embargo, no se le conoce el corazón ni las cualidades¹. Es tiempo, pues, que nosotros corriamos esos estúpidos y esos tontos, hay que enseñarles de vez en cuando un juegucito y una farsa... Pero, ¡ay!: no tengo tranquilidad, no puedo estar quieto. ¡Soy rico! ¡Seguro que soy rico! Así es que hay que hacer invisible mi hacienda» (irónico) (v. 41-46). Este pensamiento sirve de introducción al fraude.

El sensualismo de Jerónimo tampoco se había dado en el escudero. Hacia la mujer no se transparenta una inclinación fuerte, instintiva. Sus maneras no son groseras de su natural. El hambre, que redujo su cuerpo a esquemática figura galgüeña, sí le hizo dar «fieros bocados», pero en presencia de Lázaro, de puertas adentro. Por lo demás, siempre mantuvo un continente propio de su rango.

En el decir le faltaba al escudero la frase graciosa, el humor. En el único monólogo donde ensarta una serie de dichos contra posibles amos no encuentra Lázaro ningún donaire de valor. Opuestamente, Jerónimo es, como queda apuntado, ingenioso y chocarrero.

Generalizando lo dicho, la gravedad natural del hidalgo castellano está deformada para dar salida al humor de Lázaro, envuelto en leves consideraciones de carácter social. Bredero, basándose en esta deformación, crea un personaje vestido con un ornato de ostentósima presunción. Así lo necesitaba para su propósito, como ahora veremos.

Bredero quiso sacar a las tablas a un ser que, sin cometer graves faltas, viviese del engaño. Lo dice en el prólogo de la comedia: «Ni yo

¹ La obra se ajusta al lema «aunque se ve a la gente, no se la conoce».

[el autor] ni él [Jerólino] negamos que hay en él algo reprobatorio». Es una eficaz arma la confesión de culpas propias para atacar con más certera puntería las faltas graves ajenas. Quizá no haya sabido Bredero que de un modo semejante, bien que más personalmente y con más cortante filo, la utilizaron, entre otros, Juan Ruiz, el popular arcipreste, y López de Ayala, el aristócrata canciller. Pues bien, la confesión de faltas propias está en la mayoría de los personajes de la comedia. Las cuentan, ya en serio, ya en broma, las dos ramerías, una alcahueta y tres viejos. Jerólino las vive en escena. Sí, este cómico contar y representar encierra el montaje del lado, poco o nada edificante, del vivir. Puede ser que Bredero, mostrando su faceta renacentista —la más fuerte en él era la popular— haya tenido en cuenta la fórmula del viejo Horacio *ridentem dicere verum*. Bredero ha podido lograr una comedia con un personaje central que se mueve con asombrosa desenvoltura y algunas escenas de su pueblo típicas, o que lo parecen, e imborrables.

Ciñéndonos a lo nuestro y resumiendo, vemos que, del tratado tercero, han pasado —esencialmente—, a la comedia de Bredero, las dos figuras fundamentales: Lázaro que, aun siendo bastante fiel a su origen, sostiene el tinglado de la escena amsterdamesa bastantes veces, y el escudero, bien que muy deformado. Lo que rodea a los personajes y les hace moverse es distinto, aunque en principio quiera ser semejante. Es que Bredero vio pleno costumbrismo donde apenas se vislumbra. Y lo tomó como punto de partida para representar el de su pueblo. En una introducción al argumento dice:

Entre los pocos españoles excelentes o ingeniosos el autor de *Lázaro de Tormes* en ningún modo ha de ser tenido en menos; más bien ha de ser considerado (en opinión mía) entre los mejores, ya que segura y encubiertamente señala y reprueba los defectos de sus compatriotas. Seguimos a éste en su primer librito porque en él retrata a lo vivo el orgullo (que parece serles innato a ellos), personificado en su escudero pobretón. Ahora bien, como no disponíamos de ningún español o porque el hombre común no hubiera podido entender el asunto, hemos cambiado los nombres, los lugares y los tiempos, sustituyendo al español un brabantón, y esto por la razón siguiente: porque los de Brabante se parecen bastante a los españoles en orgullo.

«Defectos, orgullo», señalados y reprobados. No le demos más vueltas. Reléase el corto tratado del escudero sin prejuicios y sin folklore, sencillamente, como está escrito, y nos daremos cuenta de lo apenas perceptibles que son los defectos y el orgullo. Por nuestra parte ya queda comentado. Lo único que queremos mencionar a continuación es un po-

sible porqué de la interpretación poco justa que hizo Bredero de algunos elementos del *Lazarillo*.

Queda indicado que la versión utilizada por el dramaturgo está basada en una francesa, si es que no utilizó ésta misma, la cual dice así:

Histoire plaisante et facétieuse de Lazare de Tormes, Espagnol. En laquelle ont peult reconnoistre bonne partie de moeurs, vie et conditions des Espagnols. A lo de «mœurs» añade el traductor holandés «travesuras». La cosa está clara: esta especie de subtítulo fue principalmente el marbete, y sigue siéndolo, que orientó, y aún orienta, la lectura fuera de España. Bredero, como otros muchos vio, pues, en el *Lazarillo* mucho más de lo que en él se cuenta. De la «presunción» que Lázaro vio en el escudero castellano hizo el tópico del orgullo del pueblo español. La clara declaración que consta en el argumento es la mejor confirmación de esto. Ahora bien, la figura de la comedia, magnífica como tal, nos haría olvidar su origen frecuentemente si no fuera por Robbeknoel que nos la ata a él repetidas veces¹.

GUZMÁN ÁLVAREZ Y JOHANA LECKER.

Universidad de Utrech.

¹ Para folklore, M. BATAILLON en la introducción a *La vie de Lazarillo de Tormes*, Aubier, París, 1961. Para judaísmo, AMÉRICO CASTRO en *La realidad histórica de España*, pág. 532 esp. Para recta lectura, ZAMORA VICENTE en *Voz de la letra*, el cap. dedicado al *Lazarillo* y el referente a Camilo José Cela donde habla de la picaresca con inigualado acierto. Por último copiamos las siguientes líneas de DÁMASO ALONSO en *El realismo psicológico en el «Lazarillo» (De los siglos oscuros al de oro)*: «Lázaro está buscando amo, y se encuentra con un hidalgo razonablemente vestido, de gentil continente, espada al lado, muy garboso en su capa». pág. 226.